



Capítulo 612: Fin del corte de sentencia

Una fuente inagotable de energía demoníaca—que era el cuerpo de Virgilio.

Hace mucho tiempo, como había previsto Zafiro, había llegado a un punto de estancamiento. El llamado "Cuerpo Divino del Demonio Celestial," como ella lo había llamado, poseía límites biológicos claros, barreras que ni siquiera el caos parecía capaz de romper.

Sin embargo... ahora algo estaba cambiando.

Un torrente colosal de energía dracónica fluyó hacia su cuerpo, reescribiendo cada célula, cada fragmento de su existencia.

En el universo, nada es más puro que el poder de los dragones.

Esta energía no nace ni de la vida ni de la muerte. Es el principio mismo de la creación, la chispa primordial que dio forma a los mundos cuando el primer ser...

El Gran Dragón, Gran Rojo, despertó y ordenó el caos.

Ni siquiera los dioses se comparan con los dragones.

Son el pináculo de la existencia, el equilibrio entre la Creación y la Aniquilación. Lo que es poder para un dios es simplemente aliento para un dragón.





Y, en ese instante, el cuerpo de Virgilio quedó bañado por esta esencia prohibida.

Dos emperatrices dragón

Nivara, la Emperatriz Dragón Platino, y Crymsaria, la Emperatriz Dragón Carmesí... unieron sus voluntades por primera vez en innumerables épocas.

Dos fuerzas opuestas, eternos rivales, derramaron su poder sobre un solo ser.

Porque, por primera vez, Virgilio era digno de soportar el peso absoluto de los Dragones.

"Esto no es nada bueno." La voz resonó dentro del dominio espiritual de Virgilio... el Árbol del Mundo, su guardián interior, observaba con preocupación el alma de su anfitrión.



Antes de ella, la representación del alma de Virgilio era una inmensa esfera pulsante en tonos de rojo y negro, que comenzó a deformarse. Cristales de hielo y llamas se entrelazaron, infiltrándose en su esencia como hilos de energía viva.

Itarine, el Dragón de las Sombras, estaba junto al Árbol, con los ojos fijos en la escena. A pesar de su magnitud, no mostró alarma.

"No te preocupes," dijo con una ligera sonrisa, con la voz cargada de convicción. "Mi maestro está destinado a ser el Absoluto de este mundo."



No era una fe ciega, sino una certeza construida.

Itarina comprendió que Virgilio no conocía límites reales; sólo obstáculos momentáneos, que inevitablemente destruyó.

Nivara, la Emperatriz Platino, se acercó con su mirada helada y analítica fijada en el centro de esa alma caótica.

"Ah..." murmuró, como si finalmente estuviera descifrando un acertijo. "Por eso de repente nos sellaron aquí."

Levantó el brazo y señaló el núcleo del alma.

Crymsaria siguió su gesto y cuando lo vio, sus ojos se abrieron.

"Maldita sea..." susurró, casi con incredulidad.

En el corazón del alma de Virgilio se formaba un agujero negro colosal que devoraba todo y lo convertía en algo nuevo.

Algo que no debería existir.

La energía resultante no era energía demoníaca ordinaria. Era algo más denso, más antiguo... algo que vibraba a la frecuencia del caos primordial mismo.

Crymsaria dio un paso atrás, sintiendo que su piel ardía.

"Mierda... es un maldito—" Nivara se interrumpió abruptamente, incapaz de completar el pensamiento.





Las dos Emperatrices Dragón se miraron... y, por un instante, ambas sintieron el mismo escalofrío divino corriendo por sus espinas.

En lo que se estaba convirtiendo Vergil...

Mirando desde afuera, el cuerpo de Vergil se levantó tranquilamente, apoyado en Ada, quien estaba preocupada por la expresión de Vergil. Él soltó lentamente su brazo.

"Está bien", dijo mientras una capa de hielo comenzaba a curar su herida y una capa de fuego curaba lentamente el daño a su cuerpo. "Estoy bien."

Wukong, "Chico, es mejor que nos detengamos aquí." Ella dijo, acercándose y colocando su mano sobre su hombro.

Vergil miró a un lado y vio que tenía una expresión preocupada. Muy diferente de la persona juguetona que conocía.

Virgilio sonrió, "No, está bien."

Sus palabras fueron bastante tranquilas para alguien que parecía que iba a matar a todos y a todo en cualquier momento. La mirada serena era completamente extraña. Era como si... nada importara.

"¿Estás bien?" Virgilio le preguntó a Ada, tomándole la mano y comprobando con su energía todo el cuerpo de la mujer que tanto amaba. Por un segundo recordó el día que la conoció, con la maldición afectando su cuerpo y besándose por primera vez. Dejó escapar una pequeña sonrisa antes de colocar su mano sobre su cabeza.





"Está bien, qué alivio", dijo, dejando escapar un suspiro tranquilo y cerrando los ojos durante unos segundos, dejando escapar un aliento cálido y helado de su boca.

Luego se puso de pie por completo.

La sala todavía vibraba con ecos del caos cuando Virgilio buscó con sus ojos aquello en lo que más confiaba además de en sí mismo y en Ada: Wukong. La presencia del mono era una isla de insubordinación en el mar de deidades tensas—y, por tanto, perfecta.

"Me gustaría saber las reglas para los ataques fuera del torneo. ¿Hay uno, Wukong?" Preguntó, apuntando al único rostro que, en ese momento, realmente le interesaba.

Wukong levantó su abanico, arqueó las cejas y lo miró con una mezcla de confusión y diversión. Luego respondió, con esa voz que parecía juguetona incluso cuando era seria: "Ningún participante puede atacar a otro competidor en una disputa injusta o infundada"

Virgilio asintió levemente en señal de confirmación, aceptando la frase como si ya supiera la respuesta. "Aunque no me equivoqué, me castigaron. Espero que él también lo sea," le dijo directamente a Yama, cada palabra afilada como una espada.

Ryōmen, que permaneció allí con una sonrisa desafiante, replicó sin dudar: "Vaya, y pensé que querías pelear"

Virgilio ni siquiera se molestó en devolver la provocación. Sus ojos se encontraron con otra persona —la autoridad que decidiría el destino de esa





provocación. "No estoy hablando con su perro", murmuró fríamente. "Vamos, responde."

Yama acarició el borde del balcón como si saboreara el dilema. Observó a Ryōmen irritarse, observó a Vergil recuperarse lentamente y reflexionó mientras uno sopesa sus destinos. Después de un momento, su voz se deslizó, lenta y firme: "Por supuesto, ¿qué sugieres?"

Vergil se inclinó hacia adelante y la arregló con una petición limpia y cortante. "Solo remuneración. Me dio un ataque sin posibilidad de defenderme, así que quiero hacer lo mismo. Es justo, ¿no crees?"

Yama evaluó el ritmo respiratorio del demonio, sintió la oscilación de su energía —aún recuperándose, todavía peligrosa— y calculó el equilibrio entre la retribución justa y el caos irreversible. Después de todo, Virgilio había regresado a pie, ensangrentado y, sin embargo, todavía abrumador. Finalmente, con la serena autoridad que le correspondía, asintió. "Está bien."



La sonrisa que apareció en el rostro de Virgilio fue corta, casi depredadora. "Vamos a la Arena," señaló, como indicando el inevitable siguiente paso. "Es sólo un golpe, ¿verdad?" Miró a Wukong, preparando el terreno.

"Iba a pedirte que sellaras su energía al 25%, igual que yo. Pero sólo me gustaría pedirte que estés atento en caso de que intente esquivarlo." Dijo Vergil y hubo una absoluta frialdad en la petición. "Si intenta esquivarlo, mávalo instantáneamente por romper las reglas y rechazar el castigo."

Wukong entendió el tono sin explicaciones precisas—el acuerdo estaba implícito entre los dos: se impondrían límites y violarlos tendría un costo final. El mono sonrió levemente, divertido por el papel que le habían confiado.



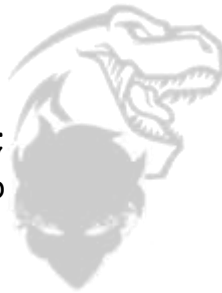
'Chico... parece que tú y yo estamos en el mismo barco ahora. Yo no puedo matar a Yama y tú no puedes matar a este tipo Ryōmen... Así que me estás dando la oportunidad de cumplir el acuerdo de esta manera antes del torneo... qué demonio tan divertido.' Pensamiento Wukong.

Luego habló en voz alta para que todos pudieran oír, levantando el bastón que emergía de su mano, "¿Alguien no está de acuerdo? Si intenta esquivarlo, lo mataré instantáneamente."

Nadie dijo nada. Ellos sólo asintieron.

Virgilio caminó sin prisas por el pasillo que conducía de regreso a la arena — sus pasos estaban tranquilos, su abrigo revoloteaba como una sombra que ya no necesitaba esconderse.

El suelo todavía temblaba ligeramente bajo las marcas de la batalla anterior; las grietas brillaban con las consecuencias de la energía que se había liberado allí.



A su alrededor, las gradas vibraban de anticipación: los dioses susurraban, se hacían apuestas silenciosas y el aire vibraba como cuerdas a punto de romperse.

"Al principio pensé: ¿cómo podría alguien menor de cien años tener tanto poder?" Virgilio comenzó a hablar mientras caminaba.

Virgilio cruzó el círculo central con pasos controlados y continuó.

"Yo mismo soy una aberración que incluso los Demonios más poderosos admitirían. Entonces cuando escuché tu nombre pensé: ¿Una leyenda?" Virgilio continuó mientras su espada comenzaba a desenvainarse.



"Sabes, Yama, me gustó la idea de robar el cuerpo de alguien y poner el alma de un ser mitológico como Ryomen Sukuna dentro. En serio, me pareció increíble la idea de utilizar un cuerpo menor de 100 años, moldearlo con magia de carne y colocar un ser poderoso en su interior."

Vergil habló sonriendo antes de comentar: "Es una pena que tu oponente tenga muchas cartas bajo la manga"

Al otro lado estaba Ryōmen, imponente como una estatua viviente. Sus cuatro brazos se cruzaron sobre su pecho en un gesto de completo desdén, sus cuatro ojos analizaron a Virgilio con curiosidad depredadora. La parte superior de su boca se curvó en una sonrisa cruel; la boca de su cintura rechinó los dientes como si saboreara la anticipación.

"¿Hablas demasiado y esperabas que quisieras pelear? Tsk, cobarde."

La burla recorrió la arena provocando risas, algunas apagadas, otras nerviosas. Ryōmen parecía deleitarse con el contraste entre expectativa y realidad.

Ryōmen cruzó sus cuatro brazos con más firmeza, una imagen de control corporal absoluto. Miró a Virgilio con dos ojos dorados que brillaban como espadas y luego, con la calma de la ejecución, declamó:

"Ataca ya. Cobarde."

El aire en la arena se calmó. Sin sonido, sin movimiento—sólo el aliento contenido de dioses que, por primera vez en siglos, sintieron algo que no entendían. Virgilio miró a Ryōmen... y se rió.





Una risa ronca y cansada, pero cargada de algo profundamente inquietante.

"Jajaja..." bajó la mirada por un momento, con la sangre seca en la barbilla, el abrigo roto y, sin embargo, su presencia era imposible de ignorar. "Eres bastante patético."

El sonido de la voz de Virgilio resonó de forma distorsionada, como si el mismo espacio reverberara con arrogancia.

Ryōmen frunció el ceño y sus cuatro ojos brillaron de ira. Pero antes de que pudiera responder, algo cambió.

La presión en el aire se rompió.

Vergil levantó la cara—y, por primera vez desde el comienzo de la pelea, dejó de contener lo que había dentro de él.

La energía comenzó a escapar.

Lentamente, primero como un suspiro, luego como un saludo.

Un rugido demoníaco y antiguo resonó por toda la arena —el suelo se agrietó, el espacio vibró y columnas de pura energía demoníaca explotaron bajo sus pies, elevándose hasta el techo del Coliseo Celestial.

"Pero debo estar agradecido", dijo Virgilio, con su voz ahora profunda, reverberando en múltiples frecuencias, casi como si varias versiones de él estuvieran hablando a la vez.





Los ojos de Yama se abrieron. La sensación era idéntica a estar atrapada dentro de una estrella en colapso —una energía tan concentrada que deformaba el concepto mismo de "realidad" que la rodeaba.

Y entonces ella entendió.

"Él... él nos engañó."

Virgilio no estaba exhausto. Estaba almacenando energía—acumulándola, comprimiéndola a niveles absurdos mientras todos creían que su fuerza había desaparecido.

Las llamas negras y rojas que lo rodeaban comenzaron a mezclarse con corrientes doradas y dracónicas, pulsando como corazones vivos, cada latido resonando como el sonido de mil espadas siendo desenvainadas.

Ada, al borde de la arena, gritó "¡VERGIL!"

Pero él no la escuchó.

El mundo entero estaba siendo tragado por su presencia.

Los pilares comenzaron a desmoronarse. El mismo suelo se agrietó y se dobló sobre sí mismo, como si la gravedad se hubiera vuelto loca. El cielo se oscureció, todo el Coliseo se sumió en un eclipse carmesí— y, por un instante, todos sintieron lo mismo: la premonición de que su propia existencia estaba siendo cortada.

Vergil miró a Wukong y dijo, con una calma casi cruel,





"Wukong, mantente alerta. Intentará escapar."

El Rey Mono sonrió de reojo, con su bastón ya listo. "Jeje. No te preocupes. Si lo intenta... lo aplastaré."

Vergil asintió y se giró hacia el centro de la arena. "Entonces empiezo."

La energía se concentró a su alrededor, formando una esfera que tragaba luz, materia y sonido. El viento desapareció. El silencio se volvió absoluto.

Y luego, un susurro. "Podría cortar la dimensión... así que ten cuidado, Hades."

El Dios del Inframundo tragó fuerte. "¿Qué harás...?"

Virgilio movió su pie derecho, girando su cuerpo. Yamato se deslizó parcialmente de su funda —un sonido fino, como una lágrima en realidad.



El tiempo se detuvo

Espacio distorsionado.

La mirada de Ryōmen pasó de la arrogancia al puro instinto —algo antiguo, un sentimiento que incluso los dioses reconocen: la muerte inevitable.

Vergil respiró profundamente. Todo su cuerpo brillaba azul, rojo y negro. La energía dracónica y demoníaca se mezclaron en un flujo imposible.

Murmuró, sin levantar la voz:

"Juicio cortado..." Yamato desapareció de su vaina. "Fin."

Silencio.

No pasó nada—por un solo segundo.

Y luego todo sucedió a la vez.

El Coliseo quedó envuelto en un destello azul y negro.

Se abrieron grietas espaciales por toda la arena, cortando no el suelo, sino el tejido mismo de las dimensiones. Las líneas de energía formaron patrones geométricos alrededor de Ryōmen—cientos, luego miles de cortes invisibles que se entrecruzaban en todas las direcciones posibles.



Cada línea era una oración.

Cada corte, una ejecución.

El cuerpo de Ryōmen se congeló, con los cuatro ojos muy abiertos. "Qué... qué es th—"

El sonido lo interrumpió.

Una lágrima. Y luego otro. Y otro.



Su cuerpo comenzó a cortarse antes de que pudiera siquiera reaccionar. Brazos, hombros, torsos—cortados con absurda precisión, suspendidos por un instante en el aire, mientras líneas de pura luz azul lo atravesaban como si el tiempo mismo hubiera decidido castigarlo.

Dioses, bestias y reyes guardaron silencio.

El golpe no explotó.

Se derrumbó.

Toda la arena se derrumbó sobre el punto donde se encontraba Vergil. El espacio parecía tragarse a sí mismo y la luz era absorbida por un único fragmento —un agujero negro miniaturizado, creado por la fricción dimensional del golpe.

Cuando todo cesó, Vergil estaba de pie, Yamato ya enfundado.

Detrás de él, Ryōmen estaba de rodillas.

Sus ojos se apagaron.

Su cuerpo todavía intentaba comprenderse a sí mismo.

Y luego... se desintegró.

No en sangre. No en pedazos.

Pero en fragmentos de energía—como el vidrio pulverizado por el viento.





Virgilio exhaló lentamente.

El polvo negro cayó como lluvia invertida.

"Oh, no escapó," dijo Vergil sonriendo y volvió su mirada hacia Wukong, "La deuda está pagada," luego...

Miró a Yama y, con una media sonrisa, dijo: "Regresó."

